

Un callejón sin salida (Suicidio y capitalismo)

JAIRO GARCÍA JARAMILLO



*¿Era libre? ¿Fue feliz? La pregunta es absurda:
si algo hubiese ido mal, sin duda nos habríamos enterado.*

W. H. Auden, «The unknown citizen»

Desde que la prensa mundial aireara, allá por 2008, la amenaza de una nueva debacle financiera global que hacía prever enormes efectos sociales y empezaran a hacerse tangibles poco a poco los siniestros pronósticos, la tan cacareada crisis económica viene haciendo las veces del diablo medieval, a quien todo el mundo echaba la culpa de sus males. Pero no por ello deben tomarse a broma sus devastadores consecuencias, tan serias como efectivamente se imaginaba. Los más viejos del lugar, que también como el diablo saben más porque han vivido ya varias como ésta, alertaron pronto de que los de abajo pagan siempre con sangre las sacudidas del sistema, y torcieron enseguida el bigote ante los gobernantes encargados de capearla, rememorando la larga serie de ocasiones en que nuestros representantes, más allá de la pantomima electoral de la alternancia bipartidista en el poder, no defendieron jamás otros intereses que los del mercado.

Estaban en lo cierto: las penúltimas piruetas especulativas y los malabarismos bursátiles estamos pagándolos una vez más los de siempre con desempleo, despidos, cierre de fábricas, reajustes, impuestos, retirada de subsidios, bajada de pensiones, aumentos de la jornada laboral y de la edad de jubilación, y continuos

recortes salariales, decretados con urgencia por los gobiernos europeos siguiendo los dictámenes de la banca, que no entiende de otras leyes que la oferta y la demanda, y aprovechando la excusa de la crisis para readaptar y modernizar su aparato jurídico-político al devenir globalizado de esta nueva fase del capitalismo avanzado. No olvidemos que la fraternal y bienintencionada «Unión Europea», empezó llamándose un día «Comunidad Económica Europea», es decir, que su verdadera razón de ser es la moneda única.

Como también cabía esperar, la onda expansiva alcanza ya alarmantemente a los que nada tienen y el espejismo del bienestar primermundista no consigue disimular ya por más tiempo su verdadera faz de malestar general, mientras de fondo resuena el viejo eco del tenemos lo que nos merecemos, sin que – más resignados que indignados todos – sepamos canalizar las energías comunes hacia un cambio real. Ni la economía ni la política son un juego y por eso insisto en no frivolar demasiado sobre los graves efectos que está provocando la crisis pues, como en los casos históricos anteriores, este nuevo estertor del capitalismo, tan beneficioso para su recomposición interna, ha agigantado una vez más el eterno abismo que separa a los ricos de los pobres, con grandes fortunas que no



dejan de multiplicarse por sí mismas a costa de masas de población que empiezan a no aguantar más sufrimiento, abocadas en no pocos casos a un callejón sin salida. Eso, al menos, parece deducirse de la creciente oleada de suicidios que recorre como un fantasma Europa, trágico símbolo contemporáneo de la desesperación e impotencia a que pueden llegar los seres humanos cuando son privados de futuro.

En Grecia, donde la crisis golpeó primero, las estadísticas de suicidio son sencillamente espeluznantes, pasando a causa de la desesperada situación que vive el país, de las más bajas a las más altas de todo el continente. Fue allí donde un farmacéutico jubilado de 77 años, Dimitris Christoulas, atrajo todas las miradas internacionales el pasado mes de abril al provocarse la muerte frente al parlamento heleno en la célebre plaza Sintagma, dejando una carta en la que se confesaba incapaz de buscar comida en la basura y no querer lastrar por más tiempo a su única hija, además de culpar frontalmente al gobierno de su muerte y animar con su gesto, en plena cuna de la democracia, a la rebelión definitiva. Si bien menos mediáticos, otros casos saltaron a los rotativos tras éste, como el del músico sexagenario Antonios Perris, que después de venderlo todo literalmente y no conseguir ni así paliar el hambre, decidió arrojarle por el balcón de la mano de su anciana madre de 90 años, enferma de Alzheimer. Se habló también del empleado de banca de 45 años que saltó desde la cresta de la Acrópolis, y del anciano de 70 años que prefirió defenestrarse a entregar su casa al funcionario que le presentaba la diligencia de desahucio. Estos y otros cientos de ejemplos similares bastan, en fin, para retratar el elevado coste humano que está provocando el delirio financiero en el país heleno.

Italia vive algo parecido, con decenas de víctimas en el primer semestre del año. A la última, Angelo di Carlo, de 54 años, la impotencia ante años de precariedad laboral y largos periodos de desempleo lo llevó también en la madrugada del pasado 11 de agosto a quemarse a lo bonzo ante la entrada de la Cámara de los Diputados, muriendo pocos días después a consecuencias de las heridas y legando a su hijo la ridícula fortuna de 160 euros. Pero su muerte, calificada por algunos periódicos progresistas

como el «último asesinato del capitalismo», no es la única: los casos son tantos que en abril llegó a recorrer las calles de Roma una manifestación con el eslogan «No más suicidios», pocas semanas antes de que un colectivo de viudas de suicidas por desesperación económica se concentrara en Bolonia ante la oficina de impuestos para denunciar los abusos estatales que dieron la puntilla a sus maridos, fruto de la repentina necesidad de austeridad fiscal que pregona el país. Cerca de Padua, por cierto, los italianos han creado la primera asociación de familiares de empresarios suicidas, sector que sufre también perniciosos efectos psicológicos por la amenaza diaria de la quiebra.

La situación es tan grave que algunas de las mejores revistas de epidemiología y salud pública mundiales relacionan ya los efectos de la crisis con el despunte del índice global de suicidios, y en países como Inglaterra se trata de una cuestión de estado, por el bochorno que producen unas cifras que no pueden maquillarse por más tiempo. ¿Qué ocurre, por cierto, en Alemania, país rector que está flagelando al resto de Europa con sus duras exigencias económicas para salvar el euro? Las noticias no hablan de suicidios, pero advierten que cerca de 800.000 jubilados mayores de 75 años subsanan las migajas de su pensión con los famosos minijobs, y airean pese a todo algún caso aislado como el ocurrido en Karlsruhe, pequeña localidad alemana donde un hombre disparó letalmente al funcionario, al testigo y al cerrajero que iban a proceder también a desahuciarlo. En España no hay datos actualizados (son por periodos de cuatro años), pero las duras medidas gubernamentales de los últimos meses, sumadas a una tasa de desempleo del 25% que supone casi 6.000.000 de personas sin empleo, y noticias como las que difunden algunas oenegés sobre la pobreza infantil, que aseguran que ya hay niños en nuestro país que comen una sola vez al día, no dejan lugar a demasiado optimismo.

En plena crisis es indudable que las ciénagas movedizas del capitalismo empujan hacia el fondo a quien intenta salvarse, por el ultimátum que supone carecer de otras expectativas que la ruina, y abocan a la población en muchos casos al borde de sí mismos. Pero quizá lo más terrible, lo más escalofriante de muchas

Un callejón sin salida (suicidio y capitalismo)

de estas muertes voluntarias y a la vez lo más llamativo, sea la firme decisión de sus ejecutores de no acabarse con el gesto íntimo, doméstico y privado acostumbrado, sino en la plaza pública, ante la mirada de los semejantes, acusando con el dedo al poder como si su pretensión fuese simbolizar, al final de su escapada, un desafío último a las inhumanas reglas de la sociedad que abandonan. Y es cierto que la empatía por la injusta tragedia humana que rezuman tales decisiones no debe hacernos olvidar que la protesta suicida ha existido siempre, ni que el suicidio posee en cada caso particular un complejo cuadro psicológico que puede ser multicausal. Pero tampoco podemos negar que se trata de algo más que de una fortuita e inexplicable coincidencia en el tiempo y en el espacio, así como sería imposible restarle valor como síntoma de la situación límite que vivimos.

El grado en que estas muertes aparecen ligadas inequívocamente al instante presente lo atestiguan además algunos otros casos igual de representativos, que llaman la atención sin duda por su aliento de posmoderna espectacularidad (en sentido etimológico, como lo que «se deja observar»), propio de una sociedad transparente como la nuestra, donde los medios de comunicación desempeñan un papel determinante. Hace sólo unos días un minero sardo, Stefano Melett, de 49 años, intentó cortarse las venas ante las cámaras de televisión mientras explicaba en una rueda de prensa las condiciones de su encierro con otros trabajadores de la mina, a 400 metros de profundidad, para evitar su cierre. Momentos antes de sacar el cuchillo, el suicida increpó en riguroso directo: «¿Así es como queréis que solucionemos el problema? Si vais a matarnos, lo haremos nosotros». Un suceso algo anterior puede dibujar todavía mejor el mundo que vivimos: en Bangkok, un español de 37 años empleado en una importante empresa de telecomunicaciones, adelantó por Facebook su suicidio colgando una foto del medicamento que iba a ingerir junto a una carta de dimisión dirigida expresamente a su jefe, pero disponible para todos sus contactos. Canalizaba así por primera vez la desesperación laboral límite a través de las redes sociales.

Sin embargo, ¿cabría inferir de esta oleada de suicidios, consecuencia directa de la crisis, que un repunte económico global haría que cesaran o al menos se aplacaran tales muertes? Sin duda es posible que el número de casos no fuera tan elevado, que las cifras volvieran a años anteriores. Pero desgraciadamente aunque el suicidio se incrementa en situaciones como la que vivimos, al ansiar únicamente el aumento de los beneficios a toda costa prescindiendo de la poco rentable ética laboral, las relaciones de producción sobre las que se levanta la economía mundial y que los gobiernos defienden con los instrumentos de poder que poseen, llevan la muerte inscrita en su engranaje. Bajo su moderna apariencia líquida y flexible, el capitalismo avanzado no hace más que exhibir a cada paso su viejo rostro salvaje y despiadado, implacable frente a los trabajadores, y ciertamente, según la vieja sentencia atribuida al 'Che' Guevara, su condición de ser «el genocida más respetado del mundo». Algunos ejemplos sin relación entre sí pueden ilustrar este argumento.

El primero es el de China, donde a priori cabría deducir que el altísimo índice de suicidios (un cuarto del total mundial) es proporcional a su ingente tasa de población, que ronda el 20% de la cifra global y alcanza aproximadamente los 1.339 millones de personas. Pero lo cierto es que la mayor parte de estas muertes voluntarias, que los datos oficiales cifran en una cada dos minutos y que es la primera causa de fallecimiento entre los jóvenes de 15 a 35 años, tiene que ver directamente con su política económica, en tanto que la falsa «república popular» encubre no sólo una sólida represión ideológica de tintes totalitarios, sino también, desde las reformas estatales de finales de los años 70, una potente economía capitalista sustentada en la brutal explotación sin control de millones de personas. En la localidad de Shenzhen, antiguo pueblo de pescadores cercano a Hong Kong que el giro blindó como terreno empresarial, las instalaciones de la multinacional taiwanesa Foxconn, pionera en la deslocalización productiva y encargada de fabricar la mayor parte de componentes electrónicos del mundo –equipos de Apple, Sony, Nintendo, HP y Motorola, entre otros–, han necesitado recientemente varias inspecciones internacionales por la sospecha



de graves aberraciones en los derechos de los trabajadores, destapadas por la alarma sindical de continuos suicidios. El más mediático, sin duda, el del joven Sun Danyong, de 25 años de edad, que se defenestró tras ser acusado sin pruebas de perder el prototipo de un teléfono de cuarta generación.

En realidad, lo que estas supervisiones revelaron fue más bien inadmisibles atentados a los derechos humanos, hasta el punto de que la propia Apple amenazó con cambiar de fabricante ante una imagen pública tan poco cool, pues los rumores –que incluyen hasta el maltrato físico– podrían empañar el prestigio de la marca. Por suerte, tras algunos lavados de cara, los empleados siguen recibiendo entrenamiento militar después de ser contratados y viviendo hacinados en los reducidos habitáculos de los apartamentos que hay enfrente de la fábrica, pero parece que reciben algo más de sueldo y han conseguido firmar las 60 horas semanales, si bien llevando auriculares aislantes de sonido y respetando el silencio absoluto durante los turnos de trabajo. A cambio, les han ampliado generosamente las pausas y ahora pueden incluso abandonar la postura de trabajo y hacer una llamada telefónica diaria. Pero en lo que han sido inflexibles es en la instalación, en las ventanas de sus viviendas, de grandes redes que les impiden arrojar al vacío, porque tal cosa además rompería la obligación de no suicidarse que firman por contrato. Sólo falta que les exijan sobreponerse a la presión y fingir una sonrisa, como en la vieja novela de Huxley.

En el video que una cadena de televisión estadounidense consiguió grabar al parecer filtrándose en el interior de la fábrica (que circula por internet como «An Exclusive Inside Look») pueden verse, en efecto, las viviendas con sus redes, pero más inquietante resulta sin duda la masa de desempleados que se agolpa a la entrada pidiendo un puesto para escapar de la miseria, probablemente sin saber muy bien que en lugar de su fuerza de trabajo podrían estar ofreciendo a cambio su vida, algo en lo que obviamente nosotros tampoco reparamos cuando compramos estos productos. Porque, como era de esperar y a pesar del paripé de psicólogos y espantadores de malos espíritus (sic) que los responsables inmediatamente

contrataron, la vergüenza de la semiesclavitud continúa y los suicidios no cesan entre la plantilla. Lógicamente las condiciones no pueden mejorarse, porque de favorecerse algo más a los trabajadores, inmediatamente aumentaría el coste de la producción y se pondría en peligro la competitividad, con las inevitables consecuencias. De hecho el solo rumor ha hecho que algunas empresas se hayan planteado ya dejar China y marchar a otros lugares con mano de obra más barata, mayores ventajas fiscales y leyes más represivas, y no les faltarán países.

Por cierto que en la vecina Japón, la potencia más ultradesarrollada tecnológicamente y sobreexplotada del mundo, lleva décadas empleándose la palabra *karoshi* para designar la muerte por exceso de trabajo y es reconocida legalmente desde mediados de los ochenta, aunque no se incluye en ella todavía al suicidio, sino únicamente las llamadas «muertes fulminantes» (ataques al corazón, embolias). Dada la frecuencia con que estas muertes se suceden –singularmente en las cadenas de montaje automovilístico– el estado y la compañía responsable conceden una cuantiosa indemnización anual a los familiares de quienes se compruebe que han superado las 100 horas extra en el último mes, mientras de lo contrario no reciben nada. El último caso en escandalizar la hermética sociedad nipona fue el de Kenichi Uchino, de 30 años, un operario de Toyota que se desplomó fulminantemente en el suelo de la fábrica tras sufrir un paro cardíaco en una de sus dilatadas jornadas extraordinarias, a las cuatro de la mañana, cuando su turno había terminado tres horas antes. Aunque en primer lugar el juez desestimó la causa y creyó a la empresa, su viuda empezó una valiente lucha legal de seis años que le dio finalmente la razón. La misma semana de su muerte, recordaba, su marido le había confesado: «Sólo soy feliz mientras duermo».

Más cerca de nosotros, en Francia, las muertes por exceso de trabajo también se han convertido en una preocupación estatal de primer orden desde hace una década. La veda la abrió asimismo una automovilística, Renault, en cuya futurista planta de diseño de automóviles Technocentre, instalada en las periferias de París, se vivió entre finales de 2006 y principios de 2007 una pequeña cadena de muertes

Un callejón sin salida (suicidio y capitalismo)

voluntarias y de intentos frustrados que hizo saltar las alarmas, como consecuencia de un novedoso plan reestructurador que pretendía paliar la mala situación económica de la empresa. Fueron tres los trabajadores de alta cualificación que, hostigados por el estrés, decidieron quitarse la vida ante la impotencia de sus familiares y la estupefacción de sus superiores, lo cual saltó de inmediato a la prensa y consternó al conjunto de la opinión pública francesa. Las cartas de uno de ellos, un ingeniero recién ascendido que se ahorcó en su domicilio sin llegar a ocupar su nuevo puesto, culpaban sin remilgos a sus superiores de haber convertido su existencia en un infierno, insomne y depresivo por el volumen de trabajo que durante meses debió terminar en casa. No obstante, la novedad en este caso es que los tribunales dieron también la razón a la viuda, confirmando en mayo de 2011 el Tribunal de Apelación de Versalles la responsabilidad directa de la firma en la última de las muertes, derivándose una «falta inexcusable» de la actuación de la empresa, que «necesariamente era consciente del peligro al cual fue expuesto su trabajador».

La justicia europea reconocía así por primera vez el suicidio por exceso de trabajo como culpa de la mala gestión de las empresas y condenaba ejemplarmente a los responsables. Pero no tardaría mucho en difundirse tras él un caso de mayor envergadura y resonancia, el de la potente empresa de telefonía France Télécom –hoy encubierta bajo Orange–, que sufrió una oleada brutal de suicidios e intentos de suicidio sin parangón, consecuencia también de un plan de reestructuración que, en palabras de algunas de las víctimas, tomó visos de ser un verdadero «management de terror», por la presión psicológica a que se vieron sometidos los trabajadores. Tras un balance de pérdidas que no había hecho más que incrementarse desde la privatización de la empresa justo una década antes, su ex-director ejecutivo (en inglés, CEO), Didiert Lombard, decidió aplicar duras medidas de austeridad para reducir costes, que empezaban por deshacerse de 22.000 trabajadores en el plazo de dos años, entre 2006 y 2007, sometiendo a un duro hostigamiento a los casi 130.000 empleados con que contaba la empresa con objeto de que la mayor parte de

ellos la abandonaran por sí mismos, evitando así el poco rentable trámite del despido. Y a la luz de lo ocurrido parece que, en efecto, de muchos de ellos se deshizo literalmente, pues el resultado fue miles de bajas por estrés y depresión, incontables intentos de suicidio y finalmente hasta 35 víctimas mortales, lo que provocó un rápido informe de la Inspección de Trabajo que llegó a preocupar al propio presidente Nicolas Sarkozy, quien pidió públicamente que se investigara mejor el caso.

En un reciente libro titulado *La máquina de triturar*, el investigador Dominique Deceze describe que los trabajadores eran exprimidos hasta límites indescriptibles, haciéndoles sentir sobre todo que habían entregado su vida para nada a la compañía. Tras años de contrato en los que otrora tuvieron el status de semi-funcionarios, y viviendo la mayoría de ellos en las inmediaciones de su puesto de trabajo, eran desplazados sin previa explicación a otro departamento de inferior dotación económica o menor responsabilidad, o trasladados repentinamente a otra parte de la ciudad o a otras ciudades alejadas para periodos de varios años, o reestructuraban sus secciones y los ponían al mando de nuevos jefes que les exigían formarse y actualizarse mediante largos cursos que ocupaban todo su tiempo libre, o los mandos aceleraban repentinamente el tiempo de entrega de las tareas y les encomendaban trabajos sobrehumanos imposibles de terminar en el plazo asignado. Al mismo tiempo, recibían duras supervisiones que ponían en duda su trabajo, hacían cambios improvisados en sus horarios, les obligaban a trabajar más horas extra, les variaban el sueldo mensualmente, que descendía o ascendía en función de su productividad, descontando segundos de impuntualidad o imperceptibles retrasos en las pausas para el desayuno, e incluso les descontaban por cualquier razón el sueldo, sin recibir dietas ni compensaciones por el plus de horas trabajadas. En justa correspondencia, algunas víctimas se ahorcaron, otras se envenenaron con lejía, saltaron por la ventana del edificio donde trabajaban, se apuñalaron en reuniones corporativas ante sus jefes, se quemaron a lo bonzo a la hora de entrada, saltaron a un canal o desde un puente, y se



sabe con certeza que todas las víctimas habían recibido meses de tratamiento psicológico para intentar paliar su aguda fragilidad emocional o necesitado largos periodos de baja laboral, que por cierto no se concedían fácilmente.

En 2010, ante el escándalo público de la inspección laboral y las acusaciones de la prensa de que habían ignorado a conciencia en su política de empresa las advertencias médicas sobre la preocupante salud mental de decenas de empleados, Lombard, que continúa a día de hoy como asesor de la marca Orange aunque está formalmente imputado en el proceso judicial por mobbing abierto contra la corporación, intentó lavar la cara a su plan realizando algunos pequeños cambios, pero 23 víctimas mortales más lo obligaron a dimitir, declarando previamente, eso sí, que las muertes «eran algo personal de cada trabajador» y que «podían deberse a un contagio emocional». Como era de esperar, el nuevo director ejecutivo, Stéphane Richard, ya ha anunciado que lavará la imagen de France Télécom creando una nueva firma en 2015, y es probable que se inspire para ello en la refrescante imagen que ofrecen empresas «jóvenes» como Google o Facebook, con su ecuación de óptimas condiciones laborales igual a mayores beneficios, publicitada con soleados despachos en los que es posible relajarse jugando al ping-pong.

Podría aducirse, en fin, el ejemplo de algún país más como Suiza, uno de los estados europeos modélicos, con una tasa de desempleo inferior al 3,5% y una deuda pública casi inexistente, donde los trabajadores en cambio sufren los mismos trastornos psicológicos. Pero bastará con recordar que la Organización Mundial de la Salud (OMS), que ya incluía el suicidio como una de las grandes pandemias del siglo XXI, alertó recientemente de que la ansiedad, el estrés y la depresión motivados por el exceso de trabajo son síntomas ya directamente relacionados con esta causa de muerte, y que producen más de la mitad de las bajas laborales del mundo. No es extraño que el sociólogo Richard Sennett haya incidido, en este sentido, en los efectos co-

rosivos y perturbadores que produce sobre el carácter de los individuos la lógica laboral que impone el capitalismo avanzado, exigiendo al trabajador una constante permeabilidad, disponibilidad y agilidad para participar en su nuevo modelo de empresa dinámica y globalizada, que se reorganiza, fusiona y reconvierte con una celeridad vertiginosa, con puestos de trabajo deslocalizados y multitarea que obligan a dejar por el camino la vida personal y familiar, con el consecuente aislamiento social. Para que esta feroz lógica de mercado funcione a sus anchas es necesario que se disuelvan como el ácido los vínculos, que se arrase con el tejido social y, de paso, con la capacidad organizativa de los trabajadores, incapaces en la vorágine de mejorar sus propias condiciones.

En todo caso, lo que estas muertes –que tampoco parecen fruto de una coincidencia– revelan es que no se trata de un problema puntual, como parece apuntar la idea de «crisis», puesto que los efectos corrosivos del sistema no pasarán. No pueden llamarse libres los trabajadores que habitan en el «libre mercado», se trata de un oxímoron, porque desde su nacimiento el ánimo de lucro convirtió para ellos la sociedad en un campo de minas antipersona. ¿Hasta qué punto se trata de muertes voluntarias? ¿No será más bien una pena de muerte congénita al capitalismo? Si para el pensador francés Albert Camus el suicidio constituía el único problema filosófico realmente importante, las muertes que produce el capitalismo pueden considerarse, en cierto sentido, el verdadero tema de nuestro tiempo, que es la cruda realidad de la explotación. La situación no está para bromas, pero por las redes sociales circulan ya comentarios que piden a los grandes inversores, altos ejecutivos, banqueros y especuladores que emulen a los ciudadanos de baja estofa o, si prefieren por razones de clase, a los millonarios de aquel lejano jueves negro de octubre del 29, y escojan el mismo final desde los ventanales de sus despachos. No acabarían con el problema, pero afirman que sería una gran obra de higiene social.

Un callejón sin salida (suicidio y capitalismo)

Nota del autor.

...y 10.000 millones de beneficios
Enrique Falcón

El presente artículo fue escrito durante el verano de 2012 y desde entonces hasta hoy, finales de noviembre, la desesperante situación no ha hecho más que agravarse, como era de esperar. Los suicidios continúan y están ya aquí entre nosotros, en nuestras ciudades, rodeándonos: el 25 de octubre se quitó la vida un hombre de 53 años en el barrio granadino de La Chana justo antes de ser desahuciado; ante la presión mediática y social, la entidad bancaria responsable emitió un escueto comunicado en que lamentaba sinceramente los hechos. Sólo un día después, otro hombre se defenestró en su vivienda en Burjassot (Valencia), aunque sin llegar a morir. Sí murió el 9 de noviembre una exconcejala de Barakaldo que no pudo sufrir más la amenaza del desahucio. Y el 17 del mismo mes ocurría otro caso en pleno centro de Córdoba, el mismo día que salía publicado el Real Decreto-Ley con las medidas de urgencia tomadas por el Congreso para reforzar la protección a los deudores hipotecarios mediante la suspensión temporal de los desahucios hasta noviembre de 2014, obviamente un lavado de cara populista que sólo sirve para tranquilizar conciencias y relajar a la UE, pues, de entrada, tales medidas no hubieran impedido los cuatro casos referidos.

Al mismo tiempo, la noticia de la aparición del nuevo teléfono móvil Iphone5 se vio empañada por primera vez por la repentina huelga de unos 4.000 trabajadores de Foxconn, que pararon la producción del nuevo objeto de deseo mundial al frenar su ensamblaje. La empresa lógicamente trató de negarlo, pero era demasiado tarde, pues la mala imagen del gigante Apple ha propiciado que sus directivos trabajen en una nueva vuelta de tuerca: la robotización inteligente del montaje.

Lo que la crisis financiera ha agudizado es la máquina de explotar, y el miedo generalizado ha puesto en bandeja la legitimación de nuevos caminos legales para apuntalarla por parte de los gobiernos supuestamente demócratas, a pesar de la amplia respuesta social. Pero el capitalismo es en sí mismo –como supo ver Walter Benjamin– «una liturgia que lleva al ser al despedazamiento».